

WORKING PAPER SERIES

CONTESTED_CITIES

**TIEMPOS, POLÍTICAS Y RETÓRICAS DE CIERTOS DESPLAZAMIENTOS
HUMANOS EN BUENOS AIRES**

MARÍA CARMAN

WPCC-15005

ENERO 2015

TIEMPOS, POLÍTICAS Y RETÓRICAS DE CIERTOS DESPLAZAMIENTOS

HUMANOS EN BUENOS AIRES

María Carman

Universidad de Buenos Aires-CONICET

mariacarman@uolsinectis.com.ar

ABSTRACT

En este trabajo buscamos proporcionar ciertas claves de interpretación de algunos tipos de desplazamientos característicos del Área Metropolitana de Buenos Aires. Nos centraremos aquí en las políticas de desalojo sobre poblaciones vulnerables, analizando el rol que desempeña en estas iniciativas el poder estatal.

Entre otros aspectos, abordaremos los siguientes ítems: repertorios de movilidad de distintas clases sociales; desplazamientos inversos de clases medias y sectores populares en el Área Metropolitana de Buenos Aires; el estigma étnico de los “habitantes indeseables” como frecuente preludio de un desalojo; la *purificación del territorio* a partir de la prédica ambiental o multicultural; y el aumento de los desalojos en consonancia con un predicamento de mayor intransigencia sobre el uso del espacio público.

Por otra parte, hemos de presumir por qué las prácticas expulsivas de sectores populares pueden ser consideradas un hecho cultural. Finalmente, delinearemos las diferencias entre un desalojo *light* y un desalojo ejemplar o pedagógico, por lo general perpetrado cuando los sectores populares vulneran el principio de *máxima intrusión socialmente aceptable*.

PALABRAS CLAVE: desplazamiento, estigma, Buenos Aires.

1) REPERTORIOS DE MOVILIDAD DE DISTINTAS CLASES SOCIALES.

A nuestro criterio, uno de los primeros puntos de partida para comprender el fenómeno de los desplazamientos consiste en dar cuenta de los circuitos de movilidad diferenciados entre las distintas clases sociales. La oscilación entre mundos dispares que atraviesa este primer apartado se funda en la convicción de que los estudios antropológicos de la segregación deben también abordar el caso contrario, o aparentemente contrario. Como postula Bernard (1994: 77), un barrio o un lugar de residencia siempre se construye por oposición al mundo exterior inmediato.

En la mayoría de los casos, la pobreza del Área Metropolitana de Buenos Aires se encuentra fuera del circuito de circulación de las clases medias y altas.¹ A diferencia de otras urbes latinoamericanas, los habitantes de muchos barrios acomodados –ya sean de capital o provincia– no ven ni “tocan” la pobreza en sus trayectos habituales. E incluso los residentes de barrios privados contiguos a villas suelen construir sus circuitos de sociabilidad, trabajo y placer sin necesariamente entrar en contacto con sus vecinos inmediatos.

“Un determinado segmento del circuito de placer, articulando puntos distantes en la ciudad, es tan real y significativo para sus usuarios como la vecindad en el contexto del barrio” (Magnani, 2002: 15. La traducción es nuestra).

Vecinos de zona Norte del Gran Buenos Aires, por ejemplo –provenientes de barrios privados de San Isidro, General Pacheco o Tigre– construyen sus circuitos de ocio y consumo en una línea continua que abarca los barrios de Recoleta, Palermo y Belgrano. Un circuito similar puede ser pensado en la dirección opuesta: vecinos del barrio de Recoleta que se desplazan los fines de semana a las urbanizaciones privadas de los diversos ramales de la Panamericana. En un sentido inverso, muchos habitantes de la isla Maciel o de Villa Corina –por citar dos lugares emblemáticos de la pobreza del sur del Gran Buenos Aires– jamás han pisado el centro de la ciudad. Otro tanto sucede en los confines más apartados del Gran Buenos Aires².

Ahora bien, ¿cómo podemos caracterizar esos desplazamientos cotidianos que conectan la ciudad capital con la periferia, y viceversa? ¿Es posible problematizar, en tal sentido, la percepción predominante de la periferia como un territorio “chato” y sin relieve?

2) DESPLAZAMIENTOS INVERSOS DE CLASES MEDIAS Y SECTORES POPULARES EN EL ÁREA METROPOLITANA DE BUENOS AIRES.

¿Es la periferia, aun hoy, un espacio asociado al desencanto? Resulta innegable el hecho de que las villas y asentamientos populares del Gran Buenos Aires no han dejado de aumentar –tanto en niveles de hacinamiento como en densidad–, en particular, en las áreas más periféricas o cercanas a áreas industriales.³ Asimismo, persiste una profunda asimetría en el acceso a los servicios

¹ Existen varias excepciones, como por ejemplo el caso de los habitantes de terraplenes ferroviarios, espacios públicos o bajos de autopistas en barrios céntricos de Buenos Aires.

² La entonces responsable del Programa Arte para chicos del Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (MALBA) me comentaba que el shock cultural de los niños provenientes de villas suburbanas estaba lejos de comenzar frente a los cuadros del célebre pintor Antonio Berni: ya habían sido deslumbrados hasta el mutismo por autopistas, semáforos y rascacielos de la elegante ciudad capital a menos de una hora de sus casas; una Buenos Aires que les era por completa desconocida.

³ Fernández y Herrero, 2008: 7. Un trabajo de Cravino et al. (2010: 13) sostiene que la población en villas y asentamientos del Gran Buenos Aires ha aumentado un 220% entre 1981 y 2006, frente a un 35% de incremento poblacional en el resto del conurbano. “En los 5 años que van desde el censo 2001 hasta 2006, por cada 100 nuevos

privatizados (Rodríguez y Di Virgilio, 2007: 60). Y ya es un lugar común suponer a los piqueteros o cartoneros que demandan, acampan o juntan mercadería en la ciudad capital como “naturalmente” provenientes de algún oscuro, malsano e inexpugnable rincón del Gran Buenos Aires.⁴

La suma de estas circunstancias nos evoca la *doble herencia de la voz periferia* que señalan Hiernaux y Lindón (2004: 111) respecto de las ciudades latinoamericanas:

...por un lado, la herencia geométrica propia de la palabra periferia (la circunferencia externa), por otra, es heredera de la teoría social de los años sesenta. Esto último implicó enfatizar la componente dicotómica con un fuerte sesgo económico: la diferenciación entre centro y periferia, entre dominantes y dominados, pobres y ricos (...) La conjunción de ambas herencias vino a dar un nuevo sentido a la voz: la circunferencia externa a la ciudad en la cual están los pobres, (...) los despojados. (...) En esencia, esas dimensiones con las que se va engrosando la voz ‘periferia’ son la referencia a la miseria, a la informalidad, la condición de área “dormitorio” y la irregularidad del suelo y la vivienda. Hiernaux y Lindón, 2004: 111 y 112. El resaltado es nuestro.

En sintonía con la mirada de estos autores, creemos necesario matizar la referencia unidimensional a la periferia como un territorio “chato” y sin relieve. Las trayectorias residenciales y laborales de distintos habitantes contemporáneos de la periferia de Buenos Aires contradicen tanto la falta de valor atribuida a la periferia como su mera condición de *área dormitorio*.

En primer término, la “huida de la ciudad” de cierta clase media y alta que se instala a vivir en urbanizaciones cerradas suburbanas se articula con una dotación de valor a esas tierras antes devaluadas. Si bien los partidos alejados de la ciudad capital han tenido históricamente altos índices de pobreza y carencias de infraestructura,⁵ esa desventaja inicial no ha impedido una proliferación de barrios privados, favorecida por la extensión de las autopistas y el acceso a lotes económicos. Los emprendimientos privados fomentan además una visión idealizada de su emplazamiento periférico: la distancia respecto de la ciudad es ponderada en tanto antítesis del *caos* y los peligros; e ingenuamente minimizada al presumir que solo se encuentran *a quince minutos del obelisco*, pese a que los residentes bien saben del tortuoso periplo hasta el centro con un tráfico rutinariamente colapsado.

habitantes en los 24 partidos del Conurbano, 60 se ubicaron en asentamientos informales y 40 en la ciudad llamada ‘formal’. Esa cifra era de 10 cada 100 en el período 1981-1991 y de 26 cada 100 entre 1991 y 2001” (Ibíd., 14).

Una suma creciente de restricciones fueron sumándose a los sectores populares del Área Metropolitana de Buenos Aires, a lo largo de las últimas décadas, tanto en el acceso al suelo como a la vivienda, que sería arduo desplegar en detalle aquí y que ya fue abordado con el detalle que merece por un conjunto de colegas. Quizás el de Rodríguez, Di Virgilio et al. (2007: 51) sea uno de los trabajos que aborda con mayor claridad este debilitamiento del sentido de la vivienda como bien público. Los autores se interrogan cómo sería posible revertir la ya muy consolidada tendencia de concebir la vivienda como un bien privado al que se accede a partir de los mecanismos de mercado. Incluso la nueva producción de viviendas por parte del Estado Nacional –al menos en la primera etapa kirchnerista– no ha logrado superar los promedios históricos de viviendas construidas por el Fondo Nacional de la Vivienda (FONAVI). A esto se suma la incapacidad del Gobierno de la provincia de Buenos Aires para generar políticas propias, y la ausencia de recursos presupuestarios específicos de los municipios involucrados (Ibíd., 76).

⁴ Ferraudi Curto (2009: 195) arriba a una conclusión similar a aquello que habíamos señalado en un trabajo previo (Carman, 2011) respecto de los cartoneros: a medida que el clima político posterior a la crisis de 2001-2002 se fue normalizando, el papel de las organizaciones piqueteras en la escena pública nacional comienza a redefinirse negativamente. Esta progresiva atenuación de la empatía de las clases medias con los padecimientos de los sectores populares no es un dato menor a la hora de atribuirle, además, esa impura procedencia asociada a la provincia.

⁵ Véase al respecto Calello, 2000: 41.

Esta mudanza de clases medias y altas hacia la periferia contrasta con la mudanza de los sectores más pauperizados del Gran Buenos Aires a la ciudad capital durante los días hábiles, como un modo de asegurar su supervivencia. En efecto, familias enteras han consolidado la práctica de dormir con la mercadería recolectada en plazas céntricas, playones ferroviarios o bajos de autopista, debido a la suspensión del *tren blanco* que los transportaba,⁶ y la imposibilidad de trasladarse cotidianamente a la provincia por sus propios medios. El *área dormitorio* lo constituye, en este caso, no el remoto domicilio del Gran Buenos Aires sino el más pragmático espacio urbano porteño, cercano a sus circuitos de recolección de basura.⁷

Por otra parte, el tradicional imaginario de la periferia como un *espacio malhecho* que impone a sus habitantes una *pérdida irremediable* (Joseph en Hiernaux y Lindón, 2004: 112) sigue vigente en los sectores populares compelidos a abandonar la ciudad capital frente a la inminencia de un desalojo; ya sea por estar habitando una casa tomada, una villa o un hotel-pensión. La obligación de “volver a la provincia” –o de habitar allí por primera vez– suele presentarse en estos casos como un regreso a condiciones de mayor pobreza. Nora, madre de cinco hijos y cartonera que habitaba en la Aldea Gay de Ciudad Universitaria, nos contaba con preocupación su abandono de la ciudad capital:

“(…) Los chicos de la facu [de la Ciudad Universitaria de la Universidad de Buenos Aires, en el barrio de Núñez] me ayudan con el merendero... Las nenas ya están adaptadas a tratar con la gente de acá. Están saliendo más educadas. Nos cuesta irnos un montón... la vida nuestra, con todo lo que rescatamos... (..)Vamos todos los días al comedor [comunitario]. Llega la noche y los chicos están re llenos, se duermen...Vamos a extrañar la buena vida, porque nunca nos falta un pedazo de pan. (...) Se va a extrañar acá. Allá en provincia hay menos... Tenés que tener sí o sí plata para comprar. Tenés que tener un trabajo seguro o no sobrevivís. (...) Acá tenés de todo: oficinas, fábricas, talleres, más los edificios... Acá la gente te ayuda más. Te ofrecen electrodomésticos o mercadería con buenas intenciones”.

Algo similar nos relataron los habitantes del asentamiento La Veredita de Villa Soldati: a pesar de vivir sin agua, ni baño; a pesar de vivir sin luz, cloacas ni gas y de padecer frío, vivir allí representó una mejora respecto de sus anteriores domicilios del Gran Buenos Aires; ya sea porque no podían pagar altos alquileres de piezas en villas, o porque la actividad del cartoneo se desarrollaba en un marco de cada vez mayor conflictividad. Pese a tratarse de un barrio relegado en la ciudad capital, allí habían logrado una serie de mejoras en la afiliación de su grupo familiar: la matriculación en comedores populares y escolares; en escuelas especiales; en estudios terciarios; en clases de apoyo escolar o de alfabetización de adultos.⁸

Tal como lo testimonia Nora y otros tantos vecinos porteños a punto de ser desalojados, la mudanza a algún lejano rincón del Gran Buenos Aires difícilmente logre proveerles la misma calidad en el acceso a la educación, la salud o el trabajo que la ciudad capital; lo cual supone, en las personas de mayor vulnerabilidad, un riesgo para la supervivencia.

⁶ Tras la crisis socioeconómica de 2001, la empresa Trenes de Buenos Aires transportaba diariamente a más de mil cartoneros desde el Gran Buenos Aires hasta diferentes destinos del centro porteño. A fines de 2007, el *tren blanco* hizo su último recorrido. La empresa justificó la medida alegando que los cartoneros molestaban a la gente, cometían actos de vandalismo y que el servicio no cumplía con las normas seguridad para garantizar el transporte. Para un análisis más detallado sobre el funcionamiento de este servicio véase Carman, 2010, y Carman y Pico, 2010. Un escalofriante relato de la muerte de un cartonero en un *tren blanco* sin freno de mano puede consultarse en Alarcón 2010: 95.

⁷ Pese al inusitado grado de violencia con que estos cartoneros suelen ser expulsados de tales espacios, ciertas clases medias porteñas sienten que “todo se calma” cuando ellos son compelidos a regresar a la densa e improbable trama del conurbano profundo.

⁸ Véase Carman, Lekerman et al., 2011.

El temido *efecto de insularización* de villas ubicadas en la periferia contrasta, una vez más, con la clausura del barrio cerrado como una opción racional (Rodríguez y Di Virgilio, 2007: 65). Ahora bien, creo que no es ocioso señalar que la sensación de “encadenamiento” al lugar presenta —no obstante la diferencia de clase y de recursos para librarse de tal aislamiento— significativas afinidades en la experiencia de los habitantes de villas y barrios privados.

De un modo menos previsible que en el caso de Nora, el *imaginario de la periferia que impone una pérdida* también puede rastrearse en relatos de adolescentes de barrios privados que no pueden movilizarse sin la ayuda de sus padres, y cuya vida puertas adentro genera un creciente malestar. Veamos los testimonios recogidos por una periodista que entrevistó a gran cantidad de adolescentes de urbanizaciones cerradas:

“Ivana: -[mi vida en Nordelta es] muy aburrida. Estoy todo el día encerrada: me levanto tarde, desayuno, y enseguida me conecto a la computadora o veo tele. (...) No sabés, esto es tremendo. Soy una rehén de mi mamá. Ya le he planteado muchas veces que nos vayamos. (...) Yo solo espero tener la edad necesaria para irme (...).”

“Tiago: -A los catorce años empecé a sentir el encierro. Me ahogaba dentro de mi casa y no sabía qué hacer. (...) El plan era ir a la noche, meternos en obras en construcción y romper todo”.

“(sin nombre) -Digo Indio Cua [el nombre de un antiguo country club de zona Norte del Gran Buenos Aires] y se me viene[n] a la cabeza (...) esa asquerosa prisión camuflada de verde...”.

Rojas, 2007: 128-129, 137 y 324.

A tono con estos relatos, el largometraje argentino *Una semana solos* de Celina Murga exhibe las feroces reacciones de niños y adolescentes que permanecen encerrados en un country durante una interminable semana. Esta ficción resultó, sin embargo, moderada respecto de la realidad: una de las productoras de la película nos comentó que los jóvenes actores, casi todos ellos residentes en barrios privados, tenían en su haber historias aún más espeluznantes de destrozos y maltratos al personal que los retratados en la película.

Esta sensación de tiempo detenido que comparece tanto en las entrevistas como en el film comentados ha sido descrita también en una novela de Ballard (2005: 88) cuya trama se desenvuelve al interior de una urbanización cerrada:

En Pangbourne Village (...) el tiempo podía avanzar hacia delante o hacia atrás. Los residentes habían eliminado tanto el pasado como el futuro, y a pesar de todas sus actividades existían en un mundo civilizado sin acontecimientos. En cierto sentido los niños habían dado cuerda a los relojes de la vida real.

La aparente semejanza en los destinos de los pobladores de villas y barrios privados se quiebra en mil pedazos si tenemos en cuenta el abismo existente en sus condiciones materiales de vida. Lo que para unos es un destino difícilmente reversible —la vida en la villa— es para otros una oportunidad de vivir —y citamos ahora sus expresiones más difundidas— sintonizados con la naturaleza, con mayor libertad para criar a sus hijos y a resguardo de ciertas amenazas de la “ciudad abierta”.⁹ Una vida de la que se puede retornar, en caso de que las expectativas no se vean satisfechas.

⁹ Por otra parte, no está de más recordar que la vida sana que es ofrecida en los barrios cerrados tiene un interesante antecedente a comienzos de siglo XX, cuando los suburbios eran ofrecidos —frente a los conventillos céntricos saturados— como la utopía de una vida natural (Véase Hiernaux y Lindón, 2004 y Scobie, 1986).

Si bien ambos comparten la característica de estar “anclados”, los sectores populares cuentan con menos posibilidades de abandonar el lugar cuando este cesa de ofrecerles las condiciones mínimas para garantizar su reproducción social.

Sin embargo, quizás sea importante subrayar —a contrapelo de algunas interpretaciones que ponderan casi exclusivamente la territorialización de los sectores populares—¹⁰ que **ellos también sobreviven gracias a sus continuos desplazamientos**. Nótese además la paradoja de los trayectos inversos: cartoneros bonaerenses que se desplazan al centro de la ciudad para sobrevivir a partir del acopio de mercadería (que puede ser vendida o consumida sin más); y clases acomodadas que “huyen” a la periferia para “sobrevivir” de lo que comúnmente es mencionado como el “flagelo de la inseguridad”.

En un sentido similar, aquello que para unos es un impedimento insalvable —un terreno anegadizo— resulta, para muchos emprendimientos de urbanizaciones cerradas, solo un primer obstáculo que es dejado atrás mediante faraónicas obras de relleno. Ambas situaciones confluyen, por caso, en el partido de Escobar. El barrio popular San Luis, ubicado a la orilla de un arroyo, corre el riesgo de anegación cuando el canal aliviador no se encuentra libre de obstáculos. Las urbanizaciones cerradas vecinas, en cambio, no sufren tal riesgo: sus terrenos han sido elevados para evitar posibles desbordes del canal (Goldwasser et al., 2008: 9).

El “encadenamiento” al lugar —y las condiciones no reversibles de este— muestran su rostro más duro en un tipo particular de sufrimiento social que Auyero y Swistun (2008) bautizaron como sufrimiento ambiental. Si bien las clases acomodadas son las que generan un caudal de residuos significativo,¹¹ solamente los pobres padecen la cercanía al centenar de basurales del Gran Buenos Aires, que son una fuente de subsistencia pero también de sufrimiento ambiental a causa de la contaminación atmosférica, las inundaciones, la degradación del suelo y los acuíferos, o las enfermedades transmitidas por animales.¹² Si bien existen varios rellenos sanitarios que son resistidos por los vecinos —como en Don Torcuato o González Catán—, hay otros casos en que estos defienden su presencia, como en José León Suárez:¹³

“(…) la gente (…) no quiere que lo cierren porque vive de eso.

-Es que lo que nosotros sacamos es buenísimo —interviene Alicia—. Telas, metales, calditos Knorr...

-Las fábricas tiran todo eso y los cirujas lo almacenan para hacer trueque o venderlo en las ferias de los domingos como en la de José C. Paz, y hasta en los puestos de Retiro”.

Entrevista a Raúl y Alicia en Dujovne Ortiz, 2010: 89.

¹⁰ Véase como ejemplo Bonaldi y Del Cueto, 2009.

¹¹ La diferencia de basura producida por Municipios pobres y ricos es ostensible: para el año 2004, el Municipio de San Isidro generaba 1,47 kilos de basura por habitante y por día, mientras que los municipios más pobres —como Florencia Varela, Moreno o Merlo— se ubicaban por debajo de los 0,45 kilos de basura por habitante y por día (Fernández y Herrero, 2008: 4). La separación domiciliar de los residuos aún no ha sido implementada en el Gran Buenos Aires, pese a sus evidentes ventajas y al alivio que esta supondría para el trabajo de los cartoneros.

¹² Fernández y Herrero, 2008: 10. En caso de Sudestada, los cursos de agua de estas cuencas hídricas tienen a salirse de cauce, agravado por la proliferación de basurales y el aporte de efluentes industriales y domiciliarios que presentan problemas de contaminación (Ibíd., 14).

¹³ Los actores más insospechados pueden aportar a los sectores populares una carta de ciudadanía maltrecha, cínica, inacabada, pero al menos un principio de ciudadanía allí donde el Estado está ausente. El trabajo de Shammah (2009) muestra la paradoja de administradores de basurales del Gran Buenos Aires que proveen a los vecinos trabajo, alimentación y vivienda, derechos que ciertamente el Estado no les garantiza.

Incluso existen barrios enteros contruidos literalmente sobre la basura; una cárcel también situada sobre un relleno y con su agua contaminada, que causa enfermedades a los presos;¹⁴ y episodios ominosos como el de Diego Duarte, un joven cartonero que murió aplastado por toneladas de basura descargados por una grúa: su cuerpo jamás apareció. Conmocionada por la trama ominosa de este reciente asesinato, Dujovne Ortiz escribe la siguiente reflexión sobre aquel territorio: “Al cruzar el Camino del Buen Ayre las cosas se pierden, se desdibujan, la legalidad no es más que una referencia lejana, los derechos humanos quedan en suspenso”. Pese a casi una década de crecimiento económico, las condiciones de desigualdad no muestran una visible atenuación para un eventual paseante cómplice que se interne en el *conurbano profundo*.

La búsqueda de comprender los lugares relacionamente nos llevó a analizar, en estos primeros apartados, la tensión del Gran Buenos Aires con la ciudad capital: aquellos que huyen de la ciudad "caótica" bajo las murallas de las urbanizaciones cerradas y aquellos que, como un espejo invertido, se desplazan al corazón de Buenos Aires no solo para rastrillar mercadería, sino para sobrevivir en ese desplazamiento. Con estos ejemplos quisimos demostrar que no existe una discontinuidad natural entre Buenos Aires y su conurbación: para analizar los estilos de vida de las clases sociales suburbanas es imprescindible contemplar sus préstamos, imaginarios y estrategias –de ocio, trabajo o ascenso social– contruidos en torno a un repertorio más o menos previsible de moviidades respecto de la ciudad capital, y viceversa. Dentro de este monstruoso aglomerado encontramos no solo el set de posiciones sociales más o menos previsible de sus habitantes, sino también un sistema de espacios jerárquicamente organizados.

En efecto, un conjunto de territorios está dotado de valor para una serie de actores y como tal conforma, para ellos, su *continuum* de pertenencia, sean estos de la ciudad o de sus suburbios. El residente de un exclusivo country de Pilar acaso sienta mayor afinidad con su par de un edificio con *amenities* de Puerto Madero que con el habitante de un barrio privado de menor jerarquía de la zona Sur del Gran Buenos Aires, con quien quizás no comparta gustos, consumos, o cierta “cuna”. El vecino de José León Suárez que ha formado un segundo hogar bajo la autopista céntrica ilustra una cuestión similar: la periferia, y los sentidos asociados a esta, se están contruyendo sin tregua en una multitud de acciones, de ataduras y desplazamientos, y de distancias que son posibles o imposibles de franquear; ya sea por el relativo aislamiento de un hábitat o por una anticipación práctica del ciudadano que concluye que un determinado territorio “no es para él”, al estar situado demasiado alto o demasiado bajo en virtud de sus principios de apreciación. El Gran Buenos Aires deviene, en consecuencia, la patria de muchas otras patrias con ciertos usos y prescripciones del cuerpo, fantasías y promesas incumplidas cuyas características se vuelven inteligibles no solo en una fina observación y escucha, sino también en la reconstrucción analítica de sus interdependencias.

3) EL ESTIGMA ÉTNICO DE LOS “HABITANTES INDESEABLES” COMO FRECUENTE PRELUDIO DE UN DESALOJO VIOLENTO.

Otra dimensión crucial a la hora de analizar las moviidades de los sectores populares urbanos consiste en reconstruir cierta genealogía de sus desplazamientos. A pesar de que en una considerable proporción también provienen del interior de la propia Argentina, los ocupantes de terrenos e inmuebles de diversos barrios de Buenos Aires son casi exclusivamente imaginados –tanto por el Estado como por el resto de la sociedad– como bolivianos, paraguayos y peruanos indocumentados.

¹⁴ Para un mayor detalle de las inhumanas condiciones del Complejo Penitenciario Conurbano Bonaerense Norte, cfr. “Las casitas de Casal”, diario *Página/12*, 1 de abril de 2012.

Tanto durante la década del 90¹⁵ como en los últimos años de gestión municipal conservadora (2007-2014), el Estado local atribuye a los habitantes de terrenos y casas determinados comportamientos, derivados no de su aparente condición de bolivianos, paraguayos o peruanos per se sino de una condición más compleja: la de inmigrante ilegal. Podía detallarse prácticamente como una **sumatoria “lógica” de ilegalidades**: tomar un terreno o una casa – ser inmigrante ilegal – delinquir – consumir o traficar drogas, etc. Esta sustitución funciona, diría Appadurai¹⁶, como un **freezing metonímico** en el que un aspecto de sus vidas reemplaza al todo y se convierte en una taxonomía antropológica.

La **invención de la etnicidad**¹⁷ de ciertos sectores populares urbanos produce, pues, un **efecto de realidad**¹⁸ casi imposible de contradecir con datos empíricos.

Aquí lo étnico está funcionando como una adscripción de una nacionalidad otra, por lo que simultáneamente se trata de una “invención de lo nacional”. Se conjugan los atributos étnicos adjudicados a bolivianos o peruanos (piel oscura, estatura baja, contextura rolliza) con la condición de no-argentinos. En la medida en que el proyecto de “limpieza cultural” de nuestra nación se expresó aplanando diferencias y homogeneizando a sus habitantes (Segato, 1998:183), no resulta incomprensible que un colla –etnia común de nuestras provincias norteafricanas–, sea “traducido” por la mirada del porteño como “bolita” o peruano; vale decir, desplazado a la condición de extranjero. Esto se vincula con el fuerte carácter xenofóbico expresado en nuestro país durante aquellos años y en particular, en relación a las usurpaciones; xenofobia que luego es retomada por la actual gestión del poder local, desde 2007 hasta la actualidad.

La constitución de una identidad valorada resulta, desde este punto de vista, bastante ardua para estos sectores populares estigmatizados, ya que existe una gran brecha entre la auto-atribución de identidad (cómo ellos se piensan a sí mismos), y la alter-atribución, en donde el término de villero u ocupante viene tan asociado a una realidad casi palpable de transgresión o delincuencia, que no parecía posible rescatar ese término para conferirle otro sentido.

Desde sus percepciones, el hecho de habitar "provisoriamente" un terreno o una casa deshabitada inviste una situación de ilegalidad, y no ellos, que en última instancia son una suerte de ciudadanos pauperizados. Evitan así el riesgo ontológico de tal identidad, apelando a una moral intachable, un pasado o futuro glorioso (y de tan distante, improbable), una nacionalidad digna e insuperable, o un trabajo esforzado como ninguno.

Veamos brevemente un caso emblemático respecto de la construcción de un estigma étnico como preludio de un desalojo. En diciembre de 2010, un conjunto de habitantes de villas

¹⁵ Para la década del 90, Rodríguez señala que, en el caso de la ex Autopista 3, los extranjeros provenientes de países latinoamericanos limítrofes y de Perú constituían solo el 20% de esa población. La proporción de extranjeros en los inmuebles ocupados de los que se registraban datos para esa época era de un 16% (Cfr. Rodríguez, 1994: 24 y 1996, citado en Herzer et al., 1997). En el edificio Yatay, los extranjeros representaban el 12% del total de la población; en el ex PADELAI, el 11%; y en las bodegas Giol, el 16,5%. Las fuentes utilizadas surgen de relevamientos del Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (MOI) y del Servicio de Asistencia Social de la entonces Municipalidad de Buenos Aires.

¹⁶ Appadurai, 1988 en Clifford, 1991.

¹⁷ Sollors (citado en Briones, 1998:60-62) refiere a la invención de la etnicidad como ficciones colectivamente compartidas que son continuamente reinventadas. Otros autores retoman la noción de Sollors, aunque pensada más como construcción cultural que como ficción colectiva.

¹⁸ La importancia del relato no radica en que sea cierto o no, sino en el efecto de real que produzca. (Cfr. Barthes, 1984: 179-187 y Grossberg, 1992:101). Este imaginario resulta, como diría con agudeza Castoriadis (1993:219), “más real que lo real”.

porteñas ocupó el Parque Indoamericano de la ciudad de Buenos Aires. En sintonía con otras formas de protesta social, los sectores que no se sienten escuchados exhiben sus cuerpos¹⁹ y hacen oír sus voces con los recursos que tienen al alcance de la mano. En este caso, no fueron más que unas chapas, maderas y plásticos para armar precarios refugios, descritas por el diario *La Nación* como *tolderías*.

El reclamo de justicia espacial fue viabilizado a partir de una visible ruptura de ese ordenamiento territorial: la toma de un espacio público. El acercamiento de los medios de comunicación permitió desplegar, en la formulación de su demanda de vivienda, aquello que Fassin (2003: 60-2) denomina los *tópicos principales del infortunio*: la necesidad, la búsqueda de compasión o empatía, el mérito personal, la exposición del sufrimiento²⁰. Como toda respuesta, el Jefe de Gobierno porteño responsabilizó a la “inmigración desenfrenada” del rosario de males que aquejan a la ciudad, y arremetió contra dicha población con un violento desalojo que cobró vidas humanas.

Todos supimos pronto la nacionalidad de los dos primeros muertos en los conflictos del Parque Indoamericano: una boliviana y un paraguayo. Judith Butler (2010) diría que sus muertes no merecen ser lloradas con la misma intensidad que otras. ¿Cambiaría algo si las víctimas hubiesen sido argentinas? ¿Las víctimas se volverían, por eso, más “dignas de ser lloradas”? ¿El duelo sería más hondo?

Resulta imprescindible problematizar la (¿insalvable?) distancia social desde la cual son pensadas las prácticas de estos vecinos relegados del Sur de la ciudad. Reducidos a la condición de *okupas*, delincuentes, narcotraficantes o inmigrantes ilegales²¹, se obtura toda posibilidad de pensarlos como nuestros co-ciudadanos. Más sencillo es pensar a estos vecinos del Sur como “manchados”, como portadores de un pecado o casi como extraterrestres cuyos conflictos nos son ajenos. El atajo es concebirllos como un “otro” radical con el cual es imposible tener algún punto de contacto. Pero al biologizar a esos “otros” que observamos por televisión –es decir, al negarles una humanidad completa como la nuestra– en verdad nos estamos biologizando a nosotros mismos. Que el propio Jefe de Gobierno de la ciudad aliente esta lectura xenófoba tiene consecuencias nefastas sobre la convivencia urbana, ya que al poner en duda la condición de humanidad de las personas involucradas en este conflicto se habilita –directa o indirectamente– el uso de la violencia sobre ellos.

4) LA PURIFICACIÓN DEL TERRITORIO A PARTIR DE LA PRÉDICA AMBIENTAL O MULTICULTURAL.

Ahora bien ¿qué sucede cuando esos bolivianos y peruanos que habitan muchos intersticios urbanos –y no exclusivamente en villas o casas tomadas– son “redescubiertos”, en los últimos años, por parte del poder local? En efecto, frente al progresivo refinamiento de la competencia cultural entre ciudades, peruanos y bolivianos dejan de ser vistos como aquellos que “roban

¹⁹ La presencia de esos cuerpos es, precisamente, lo que más irrita a las clases acomodadas, pues pareciera ser evidencia suficiente de su indignidad moral.

²⁰ El caso descrito guarda cierto eco con la protesta de los migrantes latinos en Estados Unidos durante 2006 narrada por Butler y Spivak (2009: 96), en la cual los convocados cantan el himno nacional en español: la demanda se expresa de un modo tan performativo como utópico.

²¹ Grimson (2011) ha demostrado que se han sobredimensionado los datos sobre la cantidad de migrantes de países limítrofes, a quienes se responsabilizan de nuestros males. Se realiza, a decir de Butler (2010: 200-1 y 215), una falsificación del mundo con objeto de apuntalar un juicio moral presentado como un signo de valentía política: “Juzgamos un mundo que nos negamos a conocer, y nuestro juicio se convierte en un medio para negarnos a conocer ese mundo”.

trabajo a los argentinos” para pasar a ser apreciados como sujetos de derechos y ciudadanos de una Buenos Aires cosmopolita que recibe con beneplácito su cuota de exotismo.

Así como una **estetización de la diversidad** (Zukin, 1996) comenzó a operar en la ciudad en la última década, sus migrantes también se fueron tornando progresivamente atractivos. En efecto, en estos últimos años hubo, por parte del poder local, una revalorización de la comunidad peruana y boliviana como portadores de una cultura enriquecedora, que por primera vez comienza a autonomizarse del estigma de ser ocupantes ilegales de terrenos, espacios públicos o casas.

Lo étnico, dentro de esta nueva lógica reivindicativa del poder local, también fue ofrecido como una posibilidad de “explosión” de los sentidos, o bien de ser turista en el propio terruño. La propuesta era, en lugar de pensar al diferente en tanto extraño, imaginar por un rato al ciudadano como un extraño al interior de su propia “ciudad plural”.

Esta **magia del miniturismo** opera la **conversión de los migrantes étnicos en personajes agraciados**, cargados de un misterio hasta entonces desconocido. Los migrantes étnicos no restaban sino que sumaban, en la medida en que tenían cierto folclore, cierto sabor “auténtico”, comprobable o no, para ofrecer.

Al porteño acostumbrado a jugar de local se lo pretendía, por un rato, visitante. Aun en una fonda atiborrada de la avenida Corrientes, se procuraba rescatar la vivencia de un Perú legítimo, como si estuviésemos en pleno altiplano. El **viaje a lo diferente** dejaba de ser vivido como una amenaza para transformarse en un encanto por descubrir.

Metonímicamente, las identidades de estos migrantes “redescubiertos” se pretendían vivas, penetrantes y originales como el ají del cebiche o los acordes de un ritmo afroperuano. Se los consideraba a ellos mismos, en suma, tal como se consideraba a las expresiones más visibles de sus comidas, artesanías o músicas. Como un “algo” que, de tan exótico, no termina de ser “alguien” ni de integrarse, pues su integración era, en todo caso, tan ficcional como esa experiencia del Perú en el corazón de Buenos Aires.

Lacarrieu trabaja precisamente esta cuestión de cómo, si bien existe una demanda cada vez mayor de que “otros” se expongan como diversos, no son ellos quienes hablan desde su diversidad sino los organismos internacionales, gobiernos y empresarios quienes los hacen hablar y hasta hablan por ellos, imponiendo qué tipo de diversidad puede admitirse y hasta dónde extender la misma²². El recurso de una Buenos Aires multicultural, señala Lacarrieu, contribuye al fortalecimiento de una ciudad atractiva y competitiva en términos simbólicos: “En esa perspectiva, acciones públicas promovidas por los gobiernos locales o mismo las desarrolladas por los privados, colocan en el componente exótico de la inmigración –en algunos casos otorgando más potencia al componente étnico– un valor material y simbólico, que puede contribuir a su capitalización en pos del fortalecimiento de la identidad urbana, pero también para volverse un segmento potencial del mercado”. (Lacarrieu, 2002:9).

²² Lacarrieu, 2002, retomando a Yúdice, 2001.

En el mismo gesto en que esta diferencia es acogida sin conflicto, es también banalizada bajo los preceptos dominantes de un multiculturalismo blando²³ o bien, en términos de Bhabha, de un multiculturalismo liberal anodino²⁴.

No resulta sorprendente que esta prédica multicultural ofrezca claras muestras de una extrema corrección política. Sin embargo, la demagógica inclusión “express” de los hasta “ayer” excluidos no deja de resultar una paradoja. Es el propio poder local quien exalta ahora “el valor de la diversidad” y “la riqueza de la mezcla” mientras que, simultáneamente, esos mismos paraguayos, bolivianos y peruanos forman parte del más oscuro circuito de Buenos Aires si lo que se recorta de su experiencia vital es su desplazamiento hacia un espacio no imaginado para albergarlos, como relatamos respecto de la toma del Parque Indoamericano en diciembre de 2010.

Nadie quiere ser acusado de discriminar y, al mismo tiempo, de los excluidos “no se habla”, o bien se alude a ellos a través de eufemismos y circunloquios. Ante su falta de reconocimiento entre los operadores políticos, la desigualdad se mistifica.

Como señalamos recién, esos mismos inmigrantes de países vecinos pueden ser vistos, alternativamente, como una amenaza. En este sentido, existe una coincidencia de intereses entre actores públicos y privados, de **favorecer la expulsión negociada de la “cara menos turística” de Buenos Aires**: ocupantes de casas, habitués de bailantas, inquilinos de hoteles-pensión, habitantes de villas que intrusan parques.

Hoy día, un gran número de políticas vinculadas al mejoramiento ambiental o cultural de la ciudad precisan, como punta de partida, desplazar a los habitantes considerados indeseables. Estas construcciones de lo natural o lo ecológico por sobre lo social encuentra innumerables antecedentes en la ciudad. Para echar a los ocupantes de las bodegas Giol, por ejemplo, la sociedad vecinal de Palermo Viejo proyectaba la parquización del lugar. En el caso de un baldío tomado de Belgrano Chico –conocido como “el muro de Olazábal”–, un grupo de vecinos propuso hacer una colecta para comprar el terreno tomado y construir una plaza.

En todos los casos, lo ambiental resulta un argumento “neutral” para echar ocupantes, pues se los desaloja “por su propio bien”, “por su propia seguridad”, o para defender el espacio público. Por esa aparente ausencia de carga ideológica, el embellecimiento ambiental o cultural de un área degradada gana un consenso rápido entre actores diversos, por contraposición a la problemática de los ilegales o los sin techo, que es objeto de múltiples disputas.

Para comprender el relativo “éxito” de estas políticas de expulsión –a veces también libradas en manos de grandes corporaciones privadas que emprenden allí proyectos inmobiliarios o comerciales–, habría que apuntar ciertos rasgos predominantes del imaginario urbano sobre Buenos Aires que, directa o indirectamente, apoyan estos operativos de “limpieza” social, étnica o cultural. Nos referimos a que persiste una representación muy arraigada de Buenos Aires como una ciudad civilizada y rica que merece ser habitada, análogamente, por individuos con cierto

²³ El “multiculturalismo blando” (Martiniello, 1998) implica una cierta forma de concebir la diversidad en la que no se negocia la identidad ni el conflicto en un sentido político. Lacarrieu aborda, en el caso de Buenos Aires, de qué modo la existencia obvia de estos “nuevos inmigrantes” son incluidos en términos de su ingenua exotividad, y diluidos en el “crisol” de los migrantes legítimos; lo cual está implicando, entre otras cuestiones, que los “verdaderos inmigrantes” continúan siendo, en el imaginario urbano de esta ciudad, los inmigrantes europeos de fines del siglo XIX y principios del XX.

²⁴ Si bien dentro del marco de otro debate, nos resulta interesante rescatar esta contraposición que realiza el autor entre una diversidad “muerta e inerte” en oposición a una producción activa, híbrida y dialógica de la diferencia (Bhabha, 1994: 34 en Segato, 1998:138. La traducción es mía).

capital económico, cultural y social, y no por la “barbarie” asociada al atraso o la delincuencia. La pobreza se representa, desde esta percepción hegemónica de la clase media ciudadana, como algo exogámico a la pretendida “capital cultural de América Latina²⁵”; vale decir, una suerte de mal que no debería formar parte de Buenos Aires.

Se trata, como diría Arantes (1997), de una guerra entre distintas estéticas. Bajo esta forma de percibir, y consecuentemente, de ordenar la ciudad, las bailantas, los hoteles-pensión, las villas y las casas tomadas son tratados fundamentalmente como un **problema estético-ambiental, que acarrea problemas de seguridad**. Esto resulta congruente con no considerar a sus habitantes como personas ni como ciudadanos. La rehabilitación está destinada a la “redención del espacio y al esponjamiento clarificador de un paisaje considerado como denso y opaco. El fin reconocido de esa auténtica purificación del territorio es generar identidad” (Delgado, 1998:106).

5) EL AUMENTO DE LOS DESALOJOS EN CONSONANCIA CON UN PREDICAMENTO DE MAYOR INTRANSIGENCIA SOBRE EL USO DEL ESPACIO PÚBLICO.

Las últimas gestiones del poder local de la ciudad de Buenos Aires, si bien de signo político opuesto, presentan significativas coincidencias respecto de su concepción y regulación del espacio público. Por un lado, el espacio público es concebido como espacio de libertad, azar, y libre albedrío y por otro lado, se trata de un espacio que debe ser ordenado y controlado. Como señala Foucault (citado en Bauman, 2002: 21), tal es el mérito de las formaciones discursivas: su capacidad de generar proposiciones mutuamente contradictorias sin escindirse ni perder la identidad propia.

Pero veamos con mayor detalle los usos y apelaciones al espacio público por parte de las últimas gestiones del poder local. En los inicios de la jefatura de Gobierno de Telerman (2006-2007), la Legislatura porteña aprobó la Ley de Ministerios de la ciudad, a partir de la cual se reformó el organigrama de administración y se creó –entre otros– el Ministerio de Espacio Público. Desde su creación, la recuperación del espacio público se planteó como uno de sus objetivos centrales:

“Desde el primer día de nuestra gestión le hemos puesto mucho énfasis a la recuperación del espacio público. Tenemos que comprender muy enérgicamente su importancia: es ese lugar que nos pertenece a todos. Cada uno de los hombres y mujeres de esta Ciudad es dueño de cada uno de los rincones de lo público. Porque es allí donde podemos vivir como comunidad, de una manera que es imposible vivirla en un lugar privado”.

(Discurso del 5 de septiembre de 2007, para la inauguración de remodelación y recuperación del trazado original de la plaza Manuel Belgrano. <http://www.mibelgrano.com.ar/plazas.htm>)

Las acciones llevadas adelante por el gobierno de Telerman en pos de este objetivo no estuvieron exentas de contradicciones. En primer lugar, se impulsaron un sinnúmero de festividades y actividades culturales en distintos parques de la ciudad: música, danza, teatro, cine, murga y carnaval. No obstante, en el mismo gesto en que se propiciaron las plazas de la ciudad como espacio de fiestas y encuentro, también se las concibieron como un espacio frágil y excesivamente vulnerable a un conjunto de peligros. Y aquí es donde entra en juego, en toda su dimensión, la apelación a la recuperación del espacio público. Dicha apelación resulta deliberadamente vaga e imprecisa, pues representa *una totalidad de elementos esencialmente heterogéneos entre sí* (Laclau, 2009: 25),

²⁵ Esta última denominación sigue vigente y se convirtió en eje importante de la campaña de la fórmula Ibarra-Telerman, así como del Plan de Cultura que presentaron públicamente para el trienio 2003-2007.

a saber: logro ambiental, desalojo de intrusos, goce de toda la ciudadanía. Como hemos señalado en trabajos anteriores respecto a la apelación a la cultura, el medio ambiente o el patrimonio (Carman, 2006), la *apelación a un espacio público de toda la ciudadanía* resulta desproblematizada, simpática, y contribuye a lograr una adhesión social eficaz e inmediata.

La *recuperación* aludida consistió en la puesta en valor de plazas y parques en la ciudad considerados degradados o abandonados, a partir de proyectos de remodelación y embellecimiento.

La actual gestión del Jefe de Gobierno Macri retoma parte de ese discurso constitucionalista de su antecesor: se reivindica el espacio público como el lugar *más democrático que tenemos en una sociedad*²⁶. Ninguna otra cosa se espera, además, de un discurso público, que no sea respetar esos valores universales y democráticos (Scott, 2000: 35). A partir de dicha apreciación, se fundamentaron acciones tendientes a salvaguardar dicho espacio. Un caso emblemático fue cuando Macri canceló, luego de airadas protestas vecinales, la construcción de una bajada de la autopista en el Parque Chacabuco, para *no deteriorar ni quitar espacio público a los vecinos*. No resulta ocioso señalar, sin embargo, que esta retórica democrática de la actual gestión del poder local se articula con una política con significativos recortes en las áreas de educación, salud y vivienda, así como una reducción de los programas sociales y comunitarios.

Ahora bien, aunque la recuperación del espacio público constituyó una retórica común de ambas gestiones, el gobierno actual incorporó un sesgo de mayor intransigencia en su discurso público, a la vez que institucionalizó el uso de políticas represivas. Desde la asunción del último gobierno, su principal idea-síntesis refiere a que *el espacio público no se negocia*²⁷. El correlato institucional de este discurso de la intransigencia fue la creación, por decreto, de la Unidad de Control del Espacio Público (UCEP), cuyas funciones incluyeron tanto mantener el orden en el espacio público como preservarlo libre de usurpadores. Se han hecho numerosas denuncias por el accionar violento de este grupo, calificado como “patota” que actúa por medio de gritos, golpes y “aprietes” en los operativos de desalojo.

Las expulsiones violentas de habitantes de plazas o baldíos en plena noche, para luego ser depositados bajo amenazas en la avenida General Paz, también constituían una práctica habitual – aunque más solapada– de la gestión anterior. Un funcionario del Ministerio de Espacio Público que entrevistamos lo admitía abiertamente:

“(…) Lo que nosotros hacemos cuando se instala alguien, vamos y lo intimamos, le damos diez días para que se busque un lugar. Vamos a los diez días y si sigue estando lo sacamos. (...) Por ejemplo, con este tema de Paseo Colón y Cochabamba, cada dos o tres semanas vamos, nos pegamos una vuelta, para que no se terminen... no se instale más gente. (...) No dejamos que se arme.”

Entrevista realizada por M.E. Crovara y M. Pico, julio 2007.

Si bien este virtual “grupo de tareas” ya actuaba subrepticamente durante la gestión de Telerman, resultaba impensable institucionalizar su accionar, incompatible con la prédica democratizante y de un multiculturalismo “blando” de aquel entonces. Nuestro supuesto es que la actual gestión

²⁶ Palabras de Macri pronunciadas en la inauguración de la Plaza Paraguay en el barrio de Recoleta (Noticias Urbanas, 6/05/09).

²⁷ La Vicejefa de Gobierno, Gabriela Michetti, pronunció estas palabras en reiteradas oportunidades. Escasos días antes del desalojo de los cartoneros en Belgrano, subrayó: “No entiendo por qué eso es ser de derecha (...) No me vengan a mi con la hipocresía de que dejar a los cartoneros viviendo en las plazas es una política de desarrollo social y de dignidad humana” (Diario Página 12, 10/02/08).

del poder local acorta drásticamente las *distancias entre el discurso público y el discurso oculto* (Scott, 2000). Como señala Rabotnikof (2005: 32), la retórica tiene una función no instrumental, sino constitutiva de los temas públicos; y, según el célebre postulado de Wittgenstein, lo que es pensable también es posible. A partir de la reelaboración del discurso de recuperación del espacio público, resulta legítimo institucionalizar ese “grupo de tareas” en el organigrama municipal. Si bien dicha concepción del espacio público, como vimos, no es enteramente novedosa, ofrece nuevas aristas desde las cuales obtener consenso²⁸.

Antes de su desmantelamiento, una de las últimas intervenciones de la Unidad de Control del Espacio Público (UCEP) fue el desalojo de una huerta comunitaria que se encontraba en un predio abandonado lindante a las vías del ferrocarril, a escasos metros de la estación de Caballito de Buenos Aires, en mayo de 2009. La Huerta Orgázmika tuvo su origen en la asamblea barrial de Caballito de 2002, a partir de la cual vecinos del barrio se propusieron recuperar el predio abandonado y crear un proyecto comunitario social y ecológico. La huerta creció –no sin dificultades– hasta mayo de ese año, cuando fue violentamente destruida y desalojada sin orden judicial por personal de la Policía, la Gendarmería y la UCEP. El gobierno justificó la medida alegando que el espacio estaba intrusado, que podía ser un peligroso foco de dengue y que debía ser recuperado como espacio verde para anexarlo a la plaza lindante, recientemente renovada y cercada. Los participantes del proyecto comunitario alegaron que ese espacio *ya era verde* y que la medida era ilegal. La naturaleza (¿más “salvaje?”), de proyección comunitaria y con objetivos sociales se contraponen aquí a la visión oficial de los parques como espacios ordenados y cercados, cuya naturaleza se domestica para ciertos usos y disfrutes.

Estas prácticas expulsivas conforman, desde nuestro punto de vista, un **hecho cultural** que no es meramente tolerado por vastos sectores de la ciudadanía, sino también alentado. En efecto, los comentarios por lo general anónimos formulados por vecinos de Buenos Aires en las versiones *on line* de los diarios, o en foros virtuales de discusión sobre el destino de las villas porteñas, reflejan el consenso construido en torno a la violencia de las prácticas expulsivas.

Por otra parte, los vecinos de clase media o alta suelen denunciar –en las comisarías de la zona o al número 911– la presencia “atrevida” de los sin techo que pernoctan en las plazas de su barrio, solicitando que se los retire aun en mitad de la noche. Las acciones de la Unidad de Control del Espacio Público responden, en gran medida, a estas denuncias telefónicas de los vecinos²⁹.

Nuestro supuesto es **que la política de los desalojos no se articula con una política habitacional, sino que procura reemplazarla**: si se logra disuadir, aun mediante amenazas y el uso de la violencia física, a más sectores populares que no vuelvan a cruzar la avenida de circunvalación de la ciudad, se supone entonces que el efecto mágico de que el desalojo solucionaría el problema de la pobreza en la ciudad.

No resulta desatinado interrogarse entonces cuál es la carta de ciudadanía implícita en estas prácticas expulsivas. Los destinatarios de esta política son lanzados, en fin, a una doble

²⁸ Rabotnikof (2005) distingue tres sentidos diferentes que se asocian a lo público. En primer lugar, lo público como lo común y lo general, lo que atañe a todos, en oposición a lo privado y lo individual. En segundo lugar, lo público como lo manifiesto, lo ostensible, en oposición a lo oculto y a lo secreto. Por último, la concepción de lo público como lo abierto y lo accesible a todos, en oposición a lo exclusivo. Estos tres sentidos (lo colectivo, lo manifiesto y lo abierto) se unen en una imagen paradigmática de lo público –y en las concepciones normativas sobre éste– en la modernidad.

²⁹ Cfr. diario Página 12, 12/3/2009.

intemperie: aquella intemperie literal de la calle sin cobijo, y la otra intemperie que supone el ejercicio de ciudadanía mutilado.

Por otra parte, la continuidad de la violencia –ahora institucionalizada– con que estos “sectores innobles” son expulsados, demuestra cuán profundamente su presencia en espacios emblemáticos de la ciudad desafía cierta moral implícita sobre los usos del espacio.

Las prácticas de la actual gestión evidencian también una menor tolerancia respecto de los usos considerados “excesivamente políticos” del espacio público, en tanto se promueven usos recreativos. En este sentido, con el objetivo de evitar “invasiones” y el mal uso del espacio público, el gobierno de Macri promovió un endurecimiento del cumplimiento del Art. 78 del Código Contravencional y de Faltas, que señala que quien quiera cortar la calle o manifestar en el espacio público debe avisar a la autoridad competente con una anticipación razonable, y atenerse a la resolución o indicaciones de ésta. Con estas medidas, se procura regular marchas, piquetes, cortes de calle y todo tipo de manifestación en el espacio público que traspase cierto umbral de higienismo o asepsia estipulado a priori.

No fue simplemente un discurso xenofóbico o de mayor intransigencia respecto de los usos legítimos del espacio público lo que habilita el drástico aumento de los desalojos de sectores populares porteños en el último lustro, sino también los nuevos instrumentos políticos y jurídicos que se instituyen ad hoc. En particular, y tal como trabaja Verón (2012), los desalojos son favorecidos cada vez más por leyes que acortan los tiempos de la ejecución.

EPÍLOGO

La obsesión gentrificante –a esta altura tanto privada como pública– de convertir a Buenos Aires en un polo turístico-cultural, imponiendo su “marca” con vistas a un mercado extranjero, favorece las condiciones para la “salida negociada” de la “cara menos turística” de los barrios ennoblecidos: vendedores ambulantes, habitúes de bailantas u ocupantes de casas o terrenos.

En diversos barrios estudiados de la ciudad de Buenos Aires, el aparente “desborde” de las nuevas villas o casas tomadas ha sido tradicionalmente visibilizado para la condena social y como preludio de un desalojo pedagógico por parte del Estado. La lógica subyacente de lo que denominamos **desalojos ejemplares o pedagógicos** consiste en desarticular cualquier posibilidad de resistencia a partir de la imposición de una violencia explícita, que se muestra además como una advertencia sobre el poder coercitivo estatal hacia el resto de las ocupaciones de terrenos o inmuebles. Estas expulsiones moralizantes suelen condensarse en unos pocos días, como consecuencia de una decisión política que no siempre es explicitada.

Estos desalojos se articulan en la práctica con la modalidad del **desalojo light**, que no configura sino una **expulsión negociada** de los sectores populares a partir de una suma de métodos: dinero en efectivo; anuencia (o *laissez faire*) gubernamental y policial; y, en síntesis, violencia inadvertida.

Como síntesis preliminar, resulta importante resaltar que los desalojos no involucran por igual a los actores de diversas clases: si sobre las usurpaciones de “guante blanco³⁰” pesan políticas de

³⁰ Con esta expresión aludimos a aquellas instituciones y empresas privadas que se apropiaron ilegalmente de más de 66.000 metros cuadrados de espacio público de la ciudad, vinculado con el supuesto enriquecimiento ilícito de numerosos inspectores municipales. Gestiones de diversos intendentes estuvieron involucradas también en la cesión

omisión, sobre las presuntas usurpaciones de sectores populares recaen las políticas de exceso. Los desalojos de mayor virulencia recaen, no azarosamente, sobre aquellos sectores populares que vulneran la **máxima intrusión socialmente aceptable**. Con esta expresión aludo a un principio que opera más acá o más allá de la conciencia, y se actualiza en prácticas y apreciaciones sociales –incluyendo políticas habitacionales–, en cuanto a su grado de tolerancia respecto a los usos ilegítimos del espacio urbano. La representación prevaleciente, y por lo general implícita, es que solo han de subsistir en la ciudad las villas u ocupaciones ilegales cuya ubicación geográfica coincida con el capital económico, cultural y social imputado a sus moradores. La aceptación o impugnación social de tales intrusiones se deduce del prestigio, o ausencia de prestigio, de los espacios físicos donde se asientan. Cuando las ocupaciones se perpetran, por ejemplo, en barrios céntricos, acaudalados o de alto valor patrimonial, sus responsables son vistos como atrevidos y, por lo tanto, han de salir del silencio y dar cuenta de su accionar. No hay argumento de carencia o exclusión que justifique el sacrílego hecho de usurpar tierras a escasos metros del centro de poder económico y político del país. Las ocupaciones que vulneran el principio de máxima intrusión socialmente aceptable se vuelven merecedoras de mayores acusaciones. Su presencia “atrevida” en el espacio urbano recibe disímiles réplicas oficiales, que oscilan entre el relativo abandono de esos sectores –lo que he denominado políticas de omisión– y el hostigamiento. El fin último de las políticas de exceso dirigidas hacia quienes violan este principio de máxima intrusión socialmente aceptable es su expulsión de los límites de la ciudad. Y, si esto no es posible, al menos de sus barrios prósperos (Carman, 2011).

En un trabajo posterior seguiremos ahondando en las posibles consecuencias de un eventual replazo de la política habitacional por una política de desalojos, profundizando en las dos variantes de desalojo (*light* o asistencial vs. ejemplar o pedagógico) que consignamos en estas últimas páginas.

irregular de estos terrenos, que incluyó apropiación de avenidas, plazas, tala de árboles y hasta explotación lucrativa de esos espacios otrora públicos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, C., (2010) *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vida de pibes chorros*. Buenos Aires, Norma.
- Appadurai, A. (2001) *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires, Trilce-Fondo de Cultura Económica.
- Arantes, A. (1997) “A guerra dos lugares. Fronteiras simbólicas e liminaridades no espaço urbano de Sao Paulo” en Carlos Fortuna (org.), *Cidade, Cultura e globalização. Ensaios de Sociologia*. Oeiras, Celta Editora.
- Auyero, J. y D. Swistun. (2008) *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Ballard, J.G. (2005) *Furia feroz*. Barcelona, Minotauro.
- Barthes, R. (1984) *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Buenos Aires, Ediciones Paidós.
- Bauman, Z. (2002) *La cultura como praxis*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Bernard, C. (1994) “Ségrégation et anthropologie, anthropologie de la ségrégation. Quelques éléments de réflexion” en: Brun, Jacques et Rhein, Catherine (eds.), *La ségrégation dans la ville: concepts et mesures*. Paris, L'Harmattan.
- Bonaldi, P. y C. Del Cueto (2009) “Fragmentación y violencia en dos barrios de Moreno”, en: Grimson, A.; M. C. Ferraudi Curto y Segura, R. (comps.), *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- Briones, C. (1998) *La alteridad del “Cuarto Mundo”. Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires, Ediciones del Sol.
- Butler, J. (2010) *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires, Paidós.
- Butler, J. y G. Spivak (2009) *¿Quién le canta al Estado-Nación? Lenguaje, política, pertenencia*. Buenos Aires, Paidós.
- Calello, T. (2000) “Breve caracterización histórica de la Región Metropolitana de Buenos Aires”, en *São Paulo em Perspectiva* vol. 14 n° 4, octubre/diciembre 2000, San Pablo.
- Carman, M. (2006) *Las trampas de la cultura. Los intrusos y los nuevos usos del barrio de Gardel*. Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Carman, M. (2010) “Diario del 22 de noviembre de 2000”, en *Buenos Aires. La ciudad como un plano*. Buenos Aires, La bestia equilátera.
- Carman, M. y M. Pico (2010) “Los ciudadanos de la intemperie y la paradoja del espacio público”, en Rodríguez, Manuel Angel y Niño Gutiérrez, Naú Silverio (comps.), *Expresiones de la apropiación espacial en las ciudades latinoamericanas*. Universidad Autónoma de Guerrero, México.
- Carman, M, Lekerman, V., Yacovino, M. P., Jauri, N., Olejarczyk, R., Demoy, B. Y Levis, L. (2011) “Informe sobre el Asentamiento La Veredita de la Ciudad de Buenos Aires”. Anexado a la causa *ad hoc* tramitada en el Juzgado en lo Contencioso Administrativo y Tributario No. 3 del Poder Judicial de la Ciudad de Buenos Aires. Inédito.

Carman, M. (2011) *Las trampas de la naturaleza. Medio ambiente y segregación en Buenos Aires*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica-CLACSO.

Castoriadis, C. (1983) *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Tusquets Editores.

Clifford, J. (1991) *Retóricas de la antropología*. (En colaboración con Marcus, G. E.). Barcelona, Ediciones Júcar.

Cravino, M. C., Del Río, J. P. y Duarte, J. I. (2010) “Los barrios informales del Área Metropolitana de Buenos Aires: Evolución y crecimiento en las últimas décadas”, en *Ciudad y Territorio* n° 163.

Delgado, M. (1998) “Las estrategias de memoria y olvido en la construcción de la identidad urbana: el caso de Barcelona”, en D. Herrera Gómez (Coord.), *Ciudad y Cultura. Memoria, Identidad y Comunicación*. Antioquía, Ediciones Universidad de Antioquía.

Delgado, M. (1999) *El animal público*. Barcelona, Anagrama.

Dujovne Ortiz, A. (2010) *¿Quién mató a Diego Duarte? Crónicas de la basura*. Buenos Aires, Aguilar.

Fassin, D. (2003) “Gobernar por los cuerpos, políticas de reconocimiento hacia los pobres y los inmigrantes en Francia”, en *Cuadernos de Antropología Social*, N° 17, pp. 49-78.

Fernández, L. y A. C. Herrero (2008) “Áreas de criticidad ambiental vinculadas a las Cuencas Metropolitanas de Buenos Aires. Oportunidades de desarrollo urbano”. Ponencia presentada en el Seminario Ciudad y Programas de Hábitat, Universidad Nacional de General Sarmiento. Inédito.

Ferraudi Curto, M. C. (2009) “El ‘caso’ de los yogures: etnografía en una organización piquetero”, en Pírez, P. (editor) *Buenos Aires, la formación del presente*. Quito, Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos (OLACHI).

Goldwaser, B; L. Soria et al. (2003) “Tan cerca... tan lejos. Urbanizaciones cerradas y barrios populares en la Región Metropolitana de Buenos Aires”. Ponencia presentada en el Seminario Ciudad y Programas de Hábitat, Universidad Nacional de General Sarmiento. Inédito.

Grimson, A. (2011) *Los límites de la cultura. Críticas de las teorías de la identidad*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Grossberg, L. (1992) “Articulation and Agency”, en *We Gotta Get Out of This Place. Popular Conservatism and Postmodern Culture*. New York-London, Routledge, pp. 89-127.

Herzer, H. et al. (1997) “Aquí está todo mezclado... Percepciones de familias ocupantes de inmuebles en Buenos Aires sobre su situación habitacional”, en *Revista Mexicana de Sociología* 59, 4: 187-217.

Hiernaux, D. y A. Lindón (2004) “La periferia: voz y sentido en los estudios urbanos”, en *Papeles de Población* n° 42, Universidad Autónoma del Estado de México.

Lacarrieu, M. (2002) “Entre vidrios polarizados y fortalezas blindadas: ¿ciudades en guerra?”, en *Territorio y Cultura. Territorios de Conflicto & Cambio Socio Cultural*. Manizales, Universidad de Caldas, pp. 423-446.

Laclau, E. (2009) *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.

Magnani, J. G. C. (2002) “De perto e de dentro: notas para uma etnografía urbana”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais* vol. 17 n° 49.

Martiniello, M. (1998) *Salir de los guetos culturales*. Barcelona, Edicions Bellaterra.

- Rabotnikof, N. (2005) *En busca de un lugar común. El espacio público en la teoría política contemporánea*. UNAM. México, Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Rodríguez, M. C., M. Di Virgilio et al. (2007) *Políticas del hábitat, desigualdad y segregación socio-espacial en el área Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires, Edición Grupo Argentina de Producción Social del Hábitat hic-al FVC-MOI-SEDECA y Área de Estudios Urbanos del IIGG/ FSOC-UBA.
- Rojas, P. (2007) *Mundo privado. Historias de vida en countries, barrios y ciudades cerradas*. Buenos Aires, Planeta/Seix Barral.
- Shammah, C. (2009) “Conflicto territorial en un basural: los residuos como un recurso a disputar”, en Grimson, A.; Ferraudi Curto, M. C.; y Segura, R. (comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires, Prometeo.
- Scobie, J. (1986) *Buenos Aires del centro a los barrios*. Buenos Aires, Ediciones Solar.
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México, Ediciones Era.
- Segato, R. (1998) “The color-blind subject of Myth, or where to find Africa in the nation”, en *Annual Review of Anthropology* 27: 129-151.
- Verón, N. (2012) “El derecho a la ciudad. Estrategias habitacionales, desalojos y política habitacional en el centro de Buenos Aires”. Tesis inédita para optar por el título de Dra. En Antropología Social. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- Yúdice, G. (2001) “Para una ecología cultural: artículo horizontal de conclusión”, en Bonet, L. (org.), *Nuevos Retos y Estrategias de Políticas Culturales ante la Globalización*. Barcelona.
- Zukin, Sh. (1996) “Paisagens urbanas pós-modernas: mapeando cultura e poder”, en *Revista do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional* 24. Cidadania, IPHAN.